

anuario
1986

INSTITUTO
DE ESTUDIOS
ZAMORANOS
FLORIAN
DE OCA MPO



ANUARIO 1986

INSTITUTO DE ESTUDIOS ZAMORANOS
«FLORIAN DE OCAMPO»

**anuario
1986**

**INSTITUTO
DE ESTUDIOS
ZAMORANOS
FLORIAN
DE OCA MPO**



CONSEJO DE REDACCION

Miguel Angel Mateos Rodríguez, Enrique Fernández-Prieto, Miguel de Unamuno,
Juan Carlos Alba López, Juan Ignacio Gutiérrez Nieto, Luciano García Lorenzo, Jorge Juan Fernández,
José Luis González Vallvé, Eusebio González.

Diseño Portada: Angel Luis Esteban Ramírez.

© INSTITUTO DE ESTUDIOS ZAMORANOS
«FLORIAN DE OCAMPO»
Consejo Superior de Investigaciones Científicas (C.S.I.C.)
DIPUTACION PROVINCIAL DE ZAMORA

ISBN: 84-505-4497-1
Depósito legal: ZA-258-1986
Imprime: Gráficas Heraldo de Zamora. Santa Clara, 25. ZAMORA

INDICE

ARTICULOS

ALFARERIA	11
—Ramón Manuel Carnero Felipe y Víctor Redondo Tamame (Alfarero). <i>Catálogo de la Alfarería de Pereruela de Sayago en Zamora</i>	13
ARQUEOLOGIA	39
—Jesús Celis Sánchez. <i>Nuevo Yacimiento de la Edad del Hierro en Bena- vente (Zamora)</i>	41
—Jorge Juan Fernández. <i>Hallazgo Arqueológico en Hermisende (Zamora)</i> .	55
ECOLOGIA	65
—Carmen Urones Jambrina. <i>Distribución y ecología de las Arañas en la provincia de Zamora</i>	67
GEOGRAFIA	123
—Juan Ignacio Plaza Gutiérrez. <i>Manifestaciones de la Regresión demo- gráfica en la provincia de Zamora y representación de los últimos resulta- dos de su volumen de población: El padrón municipal de habitantes de 1986</i>	125
HISTORIA	143
—José Antonio Álvarez Vázquez. <i>Una experiencia ganadera en Zamora en el siglo XVIII. La Cabaña del Cabildo de la Catedral de Zamora en 1762-1766</i>	145
—Enrique Fernández Prieto. <i>Los Hidalgos en Sanabria al finalizar el si- glo XVII</i>	157
—Félix Alonso Alonso, Luis Fernando Delgado Rodríguez, Hilarión Pas- cual Gete y Adolfo Sánchez Benito. <i>La conciencia regional e histórica castellano-leonesa reflejada en un acuerdo municipal toresano del siglo XVIII</i>	187
—Manuel Fernando Ladero Quesada. <i>Sobre la marginación social en Za- mora a finales de la Edad Media: Prostitución, pobreza y esclavitud</i>	213
—Adelaida Sagarra Gamazo. <i>Don Juan Rodríguez de Fonseca. Aportación documental del Archivo General de Simancas</i>	223
LITERATURA	249
—Antonio Álvarez Tejedor. <i>Aproximación al Estudio del léxico rural de la provincia de Zamora</i>	251
—L. Díez Merino. <i>Carta a los Hebreos (Alfonso de Zamora)</i>	265
—Germán Andrés Marcos. <i>León Felipe, la encarnación poética del mito ...</i>	293
DEMOGRAFIA	317
—Natividad J. Rodríguez Blanco. <i>Estudio Biodemográfico del Ayunta- miento de San Justo (Sanabria)</i>	319
MUSICA	385
—Alejandro Luis Iglesias. <i>Dos Villancicos inéditos de Juan García de Sala- zar en la Catedral de Zamora</i>	387

ESTUDIOS SANITARIOS	441
—Félix Rodríguez Lozano. <i>Intervención clínica-psicológica en centros de atención primaria en la provincia de Zamora</i>	443
TEXTOS Y DOCUMENTOS	
—Antonio Matilla Tascón. <i>Zamora y zamoranos en la documentación notarial de Madrid (1987)</i>	453
—José Luis Barrio Moya. <i>La gran colección pictórica de Don Manuel Enríquez de Guzmán, X conde de Alba de Liste (1672)</i>	481
—Angel Benito y Durán. <i>Don Francisco de Zapata Vera y Morales, Obispo de Zamora, consejero de Felipe V Rey de España</i>	489
ACTIVIDADES Y CONFERENCIAS	
Memoria de actividades, 1986	525
Conferencias	
Salustiano del Campo. « <i>Clases Medias: Modelo Europeo</i> »	535
Ciclo de conferencias « <i>ESPAÑA SIGLO XX</i> »	559
Gabriel Cardona Escanero. « <i>La Dialéctica Guerrera</i> »	561
Antonio Fernández. « <i>La Iglesia y la Guerra Civil</i> »	575
Gabriel Jackson. « <i>Aspectos internacionales de la Guerra Civil</i> »	601
Angel Viñas. « <i>La internacionalización de la Guerra Civil de España</i> »	615
Julio Aróstegui, Alberto Reig y Luis Suñen. Mesa Redonda; TRES TEMAS CLAVES-GUERRA CIVIL. « <i>Revolución, Represión y Memoria popular</i> »	633
Ciclo de conferencias « <i>MIGUEL DE UNAMUNO</i> »	657
Ciríaco Morón. « <i>Miguel de Unamuno</i> »	659
José Luis Abellán. « <i>Miguel de Unamuno</i> »	677
Bibliografía de Zamora. 1986	701
IN MEMORIAM	
Mario Rodríguez Aragón por Luis Cortés Vázquez	707

**ACTIVIDADES
Y
CONFERENCIAS**

MIGUEL DE UNAMUNO

JOSE LUIS ABELLAN

Presentación: MIGUEL ANGEL MATEOS RODRIGUEZ

PRESENTACION

Buenas tardes: Tenemos la satisfacción de continuar con las charlas que ayer se iniciaron, referidas a la obra y a la personade D. Miguel de Unamuno, conmemorando el 50 aniversario de su muerte que se cumple a fines de este mes de diciembre, el día 31 concretamente.

Ayer indicábamos una de las razones, de los motivos, que explicaban por qué Zamora quería rendir homenaje a la insigne figura del eximio catedrático de la Universidad salmantina. Indicábamos unas razones de tipo cultural, pero hay también unas razones de tipo político, como hombre público más que como hombre de partido que, evidentemente, no fue nunca D. Miguel.

Yo recuerdo, en la revisión que he podido hacer a través de los documentos de esa historia más próxima de Zamora, tres hechos significativos: a) Por azar, D. Miguel de Unamuno era Rector de la Universidad de Salamanca justamente el año 1903 en que se ponía la 1.^a piedra del Instituto «Claudio Moyano», acompañándole entonces el ministro de Instrucción Pública, conde de Romanones; ahí está ese gesto que Unamuno recordará años después y que fue justamente una de las primeras presencias en la capital de Zamora. b) Volvió después, por coincidencia, a ser Rector el año 18, cuando D. Ignacio Gazapo, como Director del Instituto, inauguraba en 1918 el nuevo Instituto «Claudio Moyano», después de varios años, y, justamente, venía a inaugurarlo con la presencia del entonces Director General de Estadística D. Angel Galarza Vidal, senador del Reino. c) Y, curiosidad, el día 19 de abril de 1931 volvía D. Miguel de Unamuno acompañando ahora a otro Angel Galarza, Angel Galarza Gago, para hacer su entrada triunfal en Zamora después de proclamada la República. Digo entrada triunfal porque entraron por la carretera de Salamanca y en todos los pueblos, dice, le recibían con gran pasión, pero sobre todo en la capital. Y aquí, en Zamora, D. Miguel de Unamuno, desde el Ayuntamiento, con la Plaza Mayor a rebosar, pronunció un discurso solemne.

Don Miguel de Unamuno era un hombre más por ser oído que para transcribirle. Era difícil de seguir pero, ciertamente, en aquel discurso D. Miguel de Unamuno dejó muy clara la razón por la que había caído el Trono. Las cuestiones personales, muy directas, que a él le llevaron a abandonar la persona de D. Alfonso. Él, venía a decir y aquí lo recordaba y luego a través de los medios de comunicación se lanzó a toda España, en Valencia había dicho que estaba dispuesto a dar mucho dinero, ¿cuánto quería D. Alfonso para marcharse? Y que ahora ya había que decirle no cuánto quería sino cuánto se llevó. Todo esto y muchas cosas más dijo D. Miguel referidas fundamentalmente a la nueva sociedad; y recuerdo una frase que es curiosa porque luego, realmente, va a volverse contra él mismo. Dirá aquí en Zamora, en la Plaza Mayor: «Me gustaría no morir sin que triunfase el comunismo en España,

solamente por estética, para que la gente supiera lo que es». Evidentemente, yo no he podido saber qué es lo que quería decir con aquello; no he podido saberlo; lo que sí he podido saber es que ya en el banquete que dio en el café París, luego Lisboa, cambiado en el 36, sí dijo D. Miguel de Unamuno algo importante: «si no se estructura esta sociedad, si, de alguna manera, esta sociedad no se pacifica iremos a la guerra civil». Es curioso porque estas cosas las dijo D. Miguel de Unamuno el año 1931 en Zamora. Y termino, sencillamente, diciendo algo más: la U.G.T., cuando estaba preparándose la candidatura para las Constituyentes, en 1931, eligió a la persona de D. Miguel de Unamuno para que representara a la provincia de Zamora. D. Miguel contestó diciendo que agradecía la deferencia pero le era imposible aceptar porque Salamanca se lo pedía y así fue; fue diputado por Salamanca, pero esa petición de la U.G.T. zamorana llegaría a otro eximio intelectual español: D. Gregorio Marañón y D. Gregorio Marañón Posadillo fue el sustituto, ¡qué sustituto!, de D. Miguel de Unamuno en aquellas elecciones constituyentes de 1931.

Éste es el recuerdo, creo, importante; éste es el débito, creo, importante que tiene la provincia de Zamora con la insigne y coherente figura de D. Miguel de Unamuno.

Y para hablarnos de estas cosas con mucha más profundidad que la anécdota que yo quiero aquí dejar caer, ha venido un representante eximio de la cultura y de las letras de las comunidades españolas, José Luis Abellán. Creo que es suficientemente conocido José Luis Abellán no sólo a través del especialista en la materia de filosofía sino, fundamentalmente, de todo el hombre que se dedica a las Humanidades, del erudito, del historiador, del economista, del politólogo, del sociólogo, etc. Doctor en Filosofía, diplomado en Psicología y en Psicotecnia, tiene publicados más de 19 libros importantes. Yo recuerdo algunos: «Erasmismo español, una cara de la otra España» (el de la otra España se lo añadió el editor, él titulaba sencillamente Eramismo español) por el que obtuvo el Premio Europeo de Ensayo; en el año 64 había publicado «Miguel de Unamuno a la luz de la psicología», en el 66 «Ortega y Gasset en la Filosofía española», en el 67 «Filosofía española en América», «Mito y cultura» en el 71, «La cultura en España» en el 71, «La idea de América» en el 72, «Sociología del 98» en el 74, «La industria cultural en España» en el 75. En fin, una enorme cantidad de obras, artículos en revistas importantes,... Me comentaba el conferenciante, y alguna referencia tenía yo de ello, que la revista «Sistema», una de las más prestigiosas de la cultura española en la actualidad, tiene una impronta y un título que le pertenecen y que él prestó a su amigo Elías Díaz por una petición especial. Esto es una primicia que brindamos al público de Zamora. Lo más importante, no cabe duda, es su obra magna «Obra crítica del pensamiento español» que ha sido Premio Nacional de Ensayo en 1981. Para mí este erudito de las Letras españolas, que no es sólo el investigador y ensayista sino el constructor, que tanto ha leído y tanto ha resumido tiene en «Diez años de cultura española, 1973-1983» lo siguiente referido a la cultura española, en la década 70-80: «Ha cambiado el concepto de la cultura española, aquella cultura elitista, aristocrática, idealista o idealizante ha cambiado de óptica para hoy dejar la sublimación y las grandes

creaciones de espíritu para entroncar más con la función social de la cultura, adaptarse al medio y transformar la sociedad».

Este amplio curriculum que termina en uno de los últimos números, el último de la revista Sistema concretamente, apareció en Junio del año en curso, donde él hace una semblanza del profesor Diego de Alarco con quien coincidió en Puerto Rico en los años en que impartió en la Universidad de Puerto Rico, 61-63. En esa semblanza realmente define un poco la trayectoria de la cultura y se define a sí mismo. Creo que es una especie, cambiando evidentemente los papeles, de Menéndez Pelayo del S. XX, con otra óptica, otra versión, otra filosofía, por supuesto, pero un titán de la cultura española porque un titán hay que ser para poder poner en construcción los grandes materiales que hoy la cultura española, fundamentalmente, va aportando.

Por tanto, nada más puedo decir de él y nada menos, porque ahí está su obra; creo que es suficientemente conocido. Le dejo con gusto la palabra porque él ha de dar la conferencia.

Muchas gracias.

CONFERENCIA

Buenas tardes: Primero quiero agradecer estas muy amables palabras de presentación que yo he escuchado con mucha atención porque se han leído opiniones mías de hace muchos años a las que, a veces, uno tiene miedo, ¿qué habré dicho yo? ¿qué habré escrito?, ¿estaré de acuerdo ahora?, a lo mejor van a citar algo con lo que yo no estoy de acuerdo. Todo lo que ha dicho es cierto, todas las opiniones que ha dado las suscribo plenamente. Quiten ustedes todos los elogios porque lo único que soy es un esforzado trabajador, tengo el vicio de trabajar, quizá por educación es así; no tiene más mérito que el entusiasmo por la cultura, por la literatura, por el saber, que es mi pasión fundamental. Todos debemos tener una pasión en la vida y para mí esa pasión es saber, leer, estudiar, escribir, enseñar; todas las formas de aprender son la pasión en mi vida y entonces echen ahí ustedes esos elogios, absolutamente inmerecidos, que se me han dirigido.

Quiero decir que estoy muy contento de hablar en Zamora sobre Unamuno, no sólo porque es mi bautizo de conferenciante en Zamora, como decía en conversación privada antes de entrar al salón, sino por una razón especial. Ustedes dirán: son frases amables del conferenciante que tiene que decir algo agradable a un público zamorano. No es cierto. Lo digo por una razón especial que no revelaré hasta el final de la conferencia, es el secreto de la conferencia. Un buen conferenciante, maestro mío que ya murió, me dijo: «Al principio de todas las conferencias pon un secreto, así la gente irá siguiéndote a ver si descubres el secreto». Eso lo aprendí muy bien y ahora dejo el secreto ahí, pero es un secreto absoluto, no lo sabe nadie, sólo lo sé yo. Ha venido un periodista a hacerme una entrevista y venía a preguntar si tenía alguna significación especial venir a dar una conferencia a Zamora sobre Unamuno y he dicho que sí. ¿Cuál es la significación? Ese es el secreto, no se lo voy a decir a usted, si

quiere saberlo espere al final de la conferencia donde descubriré el secreto. De manera que vamos a dejarlo ahí y a esperar al final.

Otra cosa que quiero decir antes de empezar con el tema propiamente dicho de mi charla de esta noche es que esta charla es un homenaje mío, personal, a Unamuno. No sólo es un homenaje que, como intelectual, le tributamos entre todos, pues todos, al estar aquí escuchando una conferencia sobre Unamuno, de alguna manera estamos haciéndole un homenaje a él sino que quiero hacerle un homenaje personal y ese homenaje personal ha consistido en meditar un tema nuevo. Yo llevo muchos años trabajando sobre Unamuno y conozco, creo, bastante bien toda su obra. Realicé la tesis doctoral sobre Unamuno y desde entonces no he dejado de leerle, de seguirle; sin embargo, he querido descubrir algo nuevo y ese algo nuevo tiene relación con dos temas que, precisamente, están ahora en candelero por tratarse de los dos cincuentenarios que se cumplen en el año 86: el cincuentenario de la guerra civil, por un lado, y el cincuentenario de la muerte de Unamuno, por otro. Y ¿qué relación tienen estos dos cincuentenarios?, me preguntaba yo cuando, hace ya varios meses, empecé a pensar en este tema del que hoy les voy a hablar.

Pues ese es el objeto, precisamente, de la charla que yo les voy a dar. Y el homenaje consiste en que, y verán ustedes como al final de la conferencia, también es otro secreto, no es una relación traída por los pelos o buscada artificialmente; hay una relación muy profunda entre la guerra civil y la obra y la vida de Unamuno. Precisamente esa relación profunda me ha servido a mí para poner un hito en un trabajo de investigación en el que llevo ya algún tiempo trabajando y que es hacer una serie de categorías culturales que sirvan para entender de forma específica la cultura española.

Resulta que estudiando estos temas que yo les estoy diciendo, he descubierto que la categoría cultural «guerra civil» puede ser una categoría ilustrada por la vida y el pensamiento de Unamuno y puede servir para interpretar nuestro pasado. ¿Cómo? ¿De qué manera? Esto es lo que, precisamente, voy a tratar de hacerles ver a ustedes a lo largo de la charla. Para ello tengo que partir de la consideración de la guerra civil 1936-39 cuyos seis primeros meses coinciden con los últimos seis meses de vida de Unamuno. Yo considero que esa guerra civil, 36-39, es la guerra civil paradigmática, pues si se dice guerra civil nadie piensa en las guerras carlistas y todo el mundo piensa en 36-39; sin embargo, en España hubo dos o tres guerras carlistas (según los historiadores) y hay otras que también tuvieron mucho de civil: hubo una guerra civil en Francia, está la famosa guerra civil en los Estados Unidos; pero cuando se dice sólo «guerra civil» se piensa en la española del 36-39. Y esto ocurre igual en inglés, yo he hecho la experiencia con profesores y amigos de otros países: si dices «the civil war» es «spanish civil war». De forma que tiene un carácter paradigmático, se ha convertido esa guerra civil en paradigma hasta el punto de convertirse en expresión que constituye todo un símbolo. ¿Por qué ocurre esto? Yo creo que esto ocurre por varias razones, no es una casualidad. En primer lugar ocurre porque el año 1936, cuando comienza la guerra, se produce una división total del territorio español; es decir que desde el punto de vista geográfico se produce una división que no admite

zonas neutrales o intermedias o espacios que puedan quedar marginados al conflicto. España se divide en dos: la zona republicana y la zona llamada nacional. Y esto que ocurre desde el punto de vista de la geografía, del territorio, ocurre también respecto de las personas; la guerra, pues, se convierte en un eje de referencia absoluto para todo español de modo que nadie puede quedar marginado del conflicto. Si alguno dice: «no, a mí esta guerra no me interesa, yo no soy ni nacional ni republicano ni soy amigo de las guerras» queda, por ocupar una parte del territorio, inmediatamente adscrito a un bando. Y eso yo lo he visto, por ejemplo, en América cuando he estado con españoles que sabían de la guerra civil, republicanos, exiliados que decían: «este no cuenta la batalla del Ebro ni se identifica con Azaña, este es un geográfico». Geográficamente había caído en la zona republicana y como perdieron la guerra se tuvo que marchar. Aunque no se identificaba ni política ni ideológicamente con la zona republicana sin embargo sufrió las consecuencias de la guerra porque quedó adscrito automáticamente a la guerra civil. De forma que no fue solamente el territorio sino que fueron las personas también. Incluso aquellos que tuvieron la suerte, para ellos, de marcharse porque opinaban que la guerra y la violencia no eran forma de resolver esto y querían marginarse y desentenderse del asunto, a esos les fue imposible hacer lo que querían porque, automáticamente, quedaron clasificados por referencia a la guerra misma, se les llamó la tercera España; esos que se marcharon: un Ortega y Gasset, un Gregorio Marañón, un Azorín que se marcharon de España y se lavaron las manos, esos fueron la 3.^a España. Que su situación de marginación quedó referida también por relación al conflicto bélico es razón suficiente para que la guerra civil española se considere como paradigma, como símbolo de toda guerra civil.

Pero, además, hay otra razón añadida, de enorme importancia que fue el proceso de generalización del conflicto, la creciente internacionalización del mismo con la consiguiente movilización de la opinión mundial. Es sabido que en la guerra civil española, a despecho de las respuestas del Comité de No Intervención, participaron decisivamente los gobiernos de Italia, de Alemania y de la Unión Soviética además de la significativa presencia que representaron los voluntarios, las llamadas Brigadas Internacionales, de muy distintos países que se presentaron para luchar en la zona republicana. El resultado de esto fue una internacionalización de la guerra española; por eso se ha considerado que la guerra civil española es el precedente de la 2.^a guerra mundial, el antecedente inmediato o la 1.^a etapa (algunos piensan que fue ya una 1.^a etapa de la 2.^a guerra mundial). Evidentemente se produjo en la situación española una internacionalización del conflicto con la ideologización consiguiente y esa universalidad del conflicto convirtió a la guerra civil española en lo que podríamos llamar guerra civil universal.

Si esto es así, y a mí me parece que es así porque he comprobado que cuando se dice guerra civil sin más se piensa en la española, y vemos que, además, hay abundantes razones para que eso ocurra, podemos considerar tranquilamente, por lo menos como hipótesis bastante verosímil de trabajo, la guerra civil española como paradigma de todas las demás e iniciar así esta meditación sobre el significado de la

expresión «guerra civil» en la que, de momento, lo primero que tenemos que constatar es el carácter contradictorio de la expresión misma puesto que si tomamos por separado los dos términos, guerra y civil, vemos que significan cosas totalmente opuestas: guerra es una situación de ruptura de la convivencia y, por lo tanto, es una situación intrínsecamente opuesta al estado civil; por lo tanto, eso de guerra civil es una «*contradictio in terminis*», como decían los filósofos, una contradicción en los términos; si es guerra no es civil y si es civil no es guerra; de ahí viene después eso que Unamuno se inventa de guerra civil civil y guerra civil incivil. Aquí empieza ya a entrar el tema de Unamuno. Eso lo vamos a dejar para más adelante. De todas formas fíjense ustedes, qué curioso, que la palabra guerra no viene del latín como vienen casi todas las palabras españolas, por lo menos las de origen antiguo; en latín guerra era *bellum*-i y de ahí vienen bélico, belicoso, belicismo, beligerancia; pero no viene guerra que procede de una palabra de origen germánico, *werra*, que significa conflicto; pero esto no sólo ocurre en nuestra lengua sino que ocurre en casi todas las lenguas occidentales: en francés *guerre*, *war* in inglés, en italiano exactamente lo mismo; por lo tanto, quiere decir que aquí ocurre algo raro en la expresión guerra civil y que esta contradicción aparece ya desde el primer momento.

Una primera aproximación más profunda al significado de la guerra civil como hecho histórico me lleva a analizarla muy someramente para entrar después en el caso de Unamuno, en el que nos interesa sobre todo centrar nuestra atención esta noche. ¿Cuáles son las condiciones de posibilidad de la guerra civil en tres niveles? Digamos el nivel de la sociedad, nivel de la psicología, del psicológico, y el nivel de la cultura.

Desde el punto de vista de la sociedad, la guerra civil revela una estructura social dividida o escindida y es, en consecuencia, un producto de ella. En una sociedad así, con fisuras de fondo, la guerra civil no es, por lo tanto, una simple anécdota, no es una coyuntura, no es algo que ocurre porque se dan determinadas circunstancias sino que responde, casi yo diría, de forma necesaria a una determinada trama social con su correspondiente reflejo en la estructura cultural. Los desniveles sociales o los desequilibrios económicos, cuando se hacen excesivos, conllevan grietas y escisiones en la estructura cultural y psicológica de una sociedad, que se resuelven, con frecuencia, en enfrentamientos internos y en conflictos bélicos.

Desde el punto de vista de la psicología, veamos ahora alguna traducción de este fenómeno, de este desequilibrio, en las fuerzas sociales, que va a conducir al enfrentamiento bélico y es la vivencia de la guerra civil como situación límite, en la que el individuo participa en ella jugándose el todo por el todo. La guerra civil nos coloca, no sólo ante la posibilidad de perder la vida enfrentándonos con la muerte como una eventualidad posible o inmediata de nuestra acción en la guerra sino que puede producirnos la muerte sin que sea necesario que nos maten en la guerra civil, basta simplemente con que la perdamos, simplemente se pierde la guerra y se entra en un estado que podemos llamar muerte civil mediante el encarcelamiento, la represión, la marginación, el destierro o la proscripción; eso que se ha llamado exilio interior y que es una forma de muerte civil tanto o más degradante para la persona como el

mismo exilio exterior. En este sentido, la guerra civil, yo diría que no es sólo una situación límite (en la vida hay muchas situaciones límite: una enfermedad grave, un amor apasionado, violento, el exilio) sino una situación límite doble, es decir situación límite dos veces: en primer lugar en cuanto el enemigo nos niega como prójimo, ya que al arrogarse él toda la razón y negárnosla a nosotros totalmente está conduciendo a una negación del individuo; nos niega el otro, el enemigo, nos niega como adversario y, por tanto, como individuo. Pero, al mismo tiempo, no sólo en la guerra civil se produce una afirmación exclusiva de una parte sino que pretende suplantar al todo; exclusividad que al producirse de modo absoluto no sólo niega al adversario como individuo sino que le niega la misma posibilidad de ser o existir. En la guerra civil, esta negación de la misma posibilidad de ser llegó a hablar, por ejemplo, de anti-España. Se decía: esos no son españoles, son anti-españoles. Estas son expresiones paradójicas reveladoras, precisamente, de esa negatividad vivida con caracteres absolutos a los que me estaba refiriendo anteriormente.

Desde el punto de vista de la cultura, la guerra civil produce (y esto me parece que es lo más importante porque, en definitiva, el tema de Unamuno es el tema de la cultura y es el tema que vamos a tratar hoy fundamentalmente) una cultura de frontera, que es la manifestación característica por excelencia de la estructura cultural en guerra civil; la cultura es en este tipo de estructura un arma intelectual de enfrentamiento bélico y yo creo que en que la cultura se convierta en arma del enfrentamiento hay un ejemplo que me parece a mí muy gráfico (podríamos poner infinitos ejemplos, hay una cantidad enorme y yo he hecho una selección de ellos) y que es muy breve y muy sencillo: es el famoso poema de Antonio Machado al General Miaja durante la guerra del 36, que se inicia con este verso:

Si mi pluma valiera tu pistola...

Ven ustedes que los términos pluma y pistola son perfectamente intercambiables puesto que desde el punto de vista dialéctico, efectivamente, la pluma de Machado valía lo que la pistola de Miaja. Estamos, pues, en una cultura de frontera en que las palabras, así como la literatura y los textos literarios que emanan de las palabras, son armas utilizadas en la defensa o en el ataque dentro de la contienda cultural. Pero como, a su vez, las palabras son expresión de las ideas resulta altamente interesante analizar la función bélica de éstas en un contexto cultural en guerra civil, sea esa guerra civil latente o manifiesta. De alguna manera tomaron conciencia de este hecho Angel Ganivet y el propio Miguel de Unamuno en su concepción de las ideas. En el caso de Unamuno, un ensayo suyo que se llamaba «La ideocracia» y donde, precisamente, da vueltas a este concepto de ideocracia, que considera muy característico de la cultura española por juzgarlo como exponente de esas ideas españolas que él define o describe de la siguiente manera: «escuetas, perfiladas a buril, esquinosas, ideas hechas para la discusión escolástica, sombras de mediodía meridional». Son estas ideas, dice Unamuno, las que llevan a un dogmatismo agudo en que todo se arregla con afirmar o negar redondamente, sin pudor alguno, fundando banderías, el famoso sí o no, como Cristo nos enseña. Estas ideas que Unamuno

llama esquinosas son las mismas que, con mayor precisión todavía, Angel Ganivet llama ideas picudas como opuestas a las ideas redondas. Estos conceptos los desarrolla Ganivet en su libro «Idearium español», donde dice así: «España ha conocido todas las formas de gloria y desde hace largo tiempo disfruta a todo pasto de la gloria triste; vivimos en perpetua guerra civil. Nuestro temperamento, excitado y debilitado por inacabables períodos de lucha, no acierta a transformarse, a buscar un medio pacífico, ideal de expresión, y hablar por signos más humanos que las armas». Así vemos que cuantos se enamoran de una idea, si es que se enamoran, la convierten en medio de combate; no luchan realmente porque la idea triunfe, luchan porque la idea exige una forma exterior de hacerse visible y a falta de formas positivas o creadoras aceptan las negativas o destructoras. El discurso, no como obra de arte sino como instrumento de demolición, el tumulto, el motín, la revolución, la guerra. De esta suerte, las ideas, en vez de servir para crear obras durables que fundando algo nuevo destruyesen indirectamente lo viejo e inútil, sirven para destruirlo todo, para asolarlo todo, para aniquilarlo todo, para ir pereciendo, ellas también, entre las ruinas.

A estas ideas, como forma de combate, son a las que se refiere Angel Ganivet cuando dice unos párrafos más adelante de este texto que estoy leyendo: «en España no basta lanzar ideas sino que hay antes que quitarles la espoleta para que no estallen. A causa de la postración intelectual en que nos hallamos existe una tendencia irresistible a transformar las ideas en instrumentos de combate; y estas ideas que incitan a la lucha, dice Ganivet, yo las llamo ideas picudas y, por oposición, las que inspiran amor a la paz las llamo ideas redondas». Ven ustedes como aparece la misma definición, ideas esquinosas que decía Unamuno, ideas picudas que dice Angel Ganivet; en definitiva, es lo mismo: ideas como armas de la lucha en una cultura de frontera. El predominio, por lo tanto, de estas ideas picudas es lo que ha llevado a una estructura bélica de nuestra sociedad, a la que me refería antes.

Una ojeada histórica sobre nuestro pasado cultural nos confirma como característica de la cultura española el ser una cultura de frontera derivada del hecho mismo de haber sido nuestro país una de las fronteras más claras y delimitadas del mundo europeo. Hemos sido frontera desde la Edad Media: lo fuimos frente a los árabes, a los cuales opusimos nuestra resistencia defendiendo al resto de Europa de la invasión islámica; lo fuimos también en el Renacimiento cuando, por imperativo histórico, nos convertimos en cabeza de la cristiandad y se nos impuso la tarea de poner coto a la expansión turca dándoles, al fin, golpe mortal en Lepanto; nos sentimos también representantes de la ortodoxia católica durante la Edad Moderna, plantando guerra a los protestantes; y cuando nuestras fuerzas flaquearon y la decadencia se hizo evidente, en medio de un mundo que consideramos hostil, nos encerramos en nuestra concha e hicimos de todo nuestro ser una pura frontera mediante ese fenómeno que Ortega y Gasset denomina con una frase muy gráfica: «tibetanización»; España se tibetaniza, dice Ortega, que es un proceso de aislamiento, de adentramiento, de introversión o de involución histórica en el que se han ido acentuando nuestras diferencias con el mundo del entorno hasta crear, precisa-

mente, esa conciencia que ha dado hasta pasto para eslogan turístico, Spain is different, España es diferente; somos distintos, diferentes porque nos aislamos tanto, somos una frontera tan delimitada que todo lo demás es distinto a nosotros.

Lógicamente, la cultura española no ha podido permanecer indiferente a esa reiterada situación histórica y desde el primer momento se manifestó como una cultura de frontera donde los valores defensivos y ofensivos de la actitud bélica priman sobre los más neutros o, al menos, aparentemente más neutros de la actividad científica, del esfuerzo reflexivo, etc., etc.

Es, precisamente, esta caracterización que acabo de hacer de la cultura española la que permite considerar, al menos hipotéticamente, la expresión guerra civil, a la que me estoy refiriendo, como categoría cultural aplicable a la comprensión de cualquier cultura con las mismas características. Ahora bien, la aceptación de esta conclusión exige que profundicemos un poquito más en la guerra civil española donde se dan, de modo arquetípico, todas esas características que yo he señalado como propias y específicas de cualquier guerra civil, de tal manera que la convierten, al serlo por antonomasia, en una especie de microhistoria. Tenemos un ejemplo muy bello, porque es un ejemplo clarísimo de esto, en el texto de un exiliado político, un hombre que se marchó, el secretario de la revista «Cruz y Raya» (trabajó con José Bergamín en los años de la República y se marchó a Méjico); desde allí escribe un discurso que se llama así: «Discurso in partibus», es decir discurso en defensa de una parte; precisamente es un discurso terrible porque es un discurso que habla de la imposibilidad de la tercera España, de éstos que se habían querido marginar, que no habían querido saber nada del conflicto, que se lavaron las manos e intentaron desentenderse de todo; y dice que, precisamente, esa tercera España en la que cayeron algunos intelectuales (evidentemente, está pensando en Ortega y Gasset que es un ejemplo muy típico de ella) es imposible. Dice que «a los que llevamos dentro la experiencia de la guerra de España no nos está permitida esa actitud contemplativa. El mundo es algo que se está haciendo, que nos hace o nos deshace, que hacemos o deshacemos; no hay escape, hay que meterse en él para conocerlo y, para conociéndolo, hacerlo». Es un discurso, en definitiva, que defiende el compromiso político y que, por lo tanto, representa un ataque a esa tercera España, en defensa de los que tomaron postura en esa guerra porque en una guerra civil de ese tipo no hay posibilidad de marginarse como intentaron hacer esos señores. Es un ejemplo de eso que estoy diciendo de la cultura de frontera y que se manifiesta, precisamente, en la guerra civil española para ir un poquito a ella y pasar rápidamente al caso de Unamuno; veremos cómo se crean dos modelos culturales que se hacen incompatibles el uno con el otro. En la República, ese modelo cultural se forja en torno a la idea de pueblo, mientras que en los militares rebeldes, se aglutina en torno a la idea de imperio. Esta idea de imperio, por ejemplo, creo que está muy bien desarrollada en un libro que puede considerarse como manifiesto de esta actitud política (yo lo he llamado en alguna ocasión evangelio hispánico): es el libro de Ernesto Jiménez Caballero que se llama «Genio de España» y donde dice: «Sed católicos imperiales, César y Dios, ésta es la voz de mando». Hay muchos textos que

serían de Víctor Pradera, de Onésimo Redondo, de Ramiro Ledesma Ramos, el famoso poema de «La bestia y el ángel» de José M.^a Pemán, ...Pero luego, al mismo tiempo está el modelo que coloca frente a la idea de imperio la idea de pueblo en el centro; idea de pueblo que admite miles de interpretaciones pero que es recogida como una idea matriz de todas las ideologías que se aglutinan en torno a la zona republicana; quizás la expresión paradigmática sea el famoso poema de Miguel Hernández «Viento del pueblo» (vientos del pueblo me llevan) e identifica el pueblo con todas las provincias que en el año 1937 están luchando por sus ideas en la guerra civil. Todo el romancero de la guerra civil, que ahora se ha reeditado y se ha puesto otra vez en candelero, está inspirado en la idea de pueblo; precisamente la idea de romance y de romancero es una idea eminentemente popular. El propio Antonio Machado cuando escribe sus prosas sobre la defensa y la difusión de la cultura, indudablemente dice: «escribir para el pueblo, ¡qué más quisiera yo!». La idea de pueblo está constantemente rodando. Ven ustedes cómo hay en esa cultura de frontera dos modelos culturales que se hacen incompatibles el uno con el otro y el caso de la guerra civil española no es ninguna excepción a esto.

Bien, con este marco conceptual vamos a entrar ya (dirán ustedes que ya es hora) en Unamuno (tienen mucha razón si lo están diciendo, y si no lo están diciendo y lo están pensando, también tienen razón).

Vamos a pasar a Unamuno, un intelectual que vivió hasta el paroxismo el hecho de la guerra civil; pero verán ustedes cómo todo lo que hemos dicho antes tiene mucha relación con Unamuno.

Empezamos por la biografía de Unamuno. Constatamos, si vamos a su biografía, que la vida de Unamuno comienza y termina con una guerra civil. Comienza porque en el año 1874, cuando Unamuno tenía 10 años, se produce el famoso bombardeo de Bilbao por los carlistas y éste es el hecho que (después lo dirá en «Recuerdos de niñez y mocedad») es el primer recuerdo de su vida. Nadie se acuerda de cuando nació, nos acordamos de algún hecho posterior al nacimiento. Unamuno lo primero que recuerda es el bombardeo de Bilbao y así lo dice, el suceso no sólo lo recuerda como el primer suceso sino como el suceso que dejó «más honda huella en mi memoria» y añade después «es unos de esos espectáculos que bajan al fondo del alma de un niño y quedan allí, formando parte del subsuelo perenne, de su tierra espiritual; de antes de él apenas recuerdo sino reminiscencias fragmentarias; después de él vino el hilo de mi historia». Unamuno, pues, nace con una guerra civil pero, como he dicho antes, muere también con una guerra civil, la de 1936, en las llamaradas iniciales de esa guerra que luego (¡pobre!, él no se enteró) duraría tres años. Confinado, al menos de modo práctico si no jurídicamente, en su domicilio salmantino por la autoridad franquista después de los incidentes que se habían producido en la inauguración del Curso Académico, el 12 de octubre de 1936 en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca, cuando se enfrenta con aquellos gritos famosos que dio el General Millán Astray «Viva la muerte, muera la inteligencia». Unamuno se enfrenta con él y le dice: «Este es el templo de la inteligencia y yo soy su Sumo Sacerdote» y se dirige, además, al General Millán Astray, que está con los legionarios detrás (ya se habían

puesto en guardia y están con la mano en el colt, como los cowboys) diciéndole: «Venceréis pero no convenceréis; venceréis porque tenéis sobrada fuerza bruta pero no convenceréis porque convencer significa persuadir y para persuadir necesitáis algo que os falta, razón y derecho en la lucha».

Cuando yo preparaba este escrito, he dicho antes que hace varios meses que estoy pensando en cómo homenajearía yo personalmente a Unamuno, apareció un libro que se titula «Agonizar en Salamanca» donde su autor, Luciano González Egido, nos relata, a mi modo de ver, con mano maestra lo que fueron los últimos meses de la vida de Unamuno entre el comienzo de la guerra civil, en Julio de 1936, y el final de su vida, en diciembre de ese mismo año. En esos seis meses finales de la vida del vasco genial quedó éste atenazado por la guerra, tanto física como espiritualmente, ejemplificando como en una ilustración paradigmática sus propias teorías sobre la guerra. Es en esos meses finales de su biografía cuando Unamuno se convierte en símbolo del horror de una auténtica y verdadera guerra civil, cobrando su vida todo el valor arquetípico de una forma de entender la cultura y la convivencia entre los hombres, que hace crisis con su misma vida. La muerte de Unamuno, me parece a mí así, la muerte de una etapa.

La muerte de Unamuno, enclaustrado en su domicilio salmantino, fue acorde con alguna de sus más hondas apetencias, un regreso al seno materno, un auténtico desnacer. Unamuno no murió, desnació, rectificándose, una vez más, a sí mismo, aunque esta vez sin retorno posible, dando así a su vida el profundo contenido simbólico que ahora evocamos. Cuando Unamuno va a morir, se va a enfrentar con su amiga/enemiga, la muerte (que así llamó Unamuno muchas veces a la muerte: amiga/enemiga) porque toda su vida fue una «meditatio mortis», no hizo más que meditar sobre la muerte toda su vida. Se dirige a la Virgen madre y le habla de esa pasión de la muerte que él ha tenido durante toda su vida y con la cual se va a abrazar, él sabe que está acercándose el final de su vida y va a rezar a su amiga/enemiga, la muerte, esa pasión que ha tenido durante toda su vida y le canta a la Virgen y le dice:

Tú, tejiéndole en vida su destino,
madre la hiciste.
Madre de mi pasión (la muerte).
Y en mi camino mortal,
tú la pusiste con desdén.
Tú, Señora, que a Dios hiciste niño,
hazme niño al morirme
y cúbreme en el manto de armiño
de tu luna al oírme, con tu sonrisa.
Ahora es cuando el cielo es todo rosa
(canta a la eternidad)
mañana, en realidad.
Voy a nacer, Señor, voy a nacerla
dentro del corazón

como en concha de mar nace una perla
cual flor de su pasión.
Voy a nacer, Señor, voy a nacerte,
bendita trinidad, Tú, Señor, el amor,
ella y la muerte.
Voy a ver la verdad.

Tremendos versos de Unamuno que está sintiendo acercarse el final de su vida y siente el abrazo con la muerte, su pasión de toda la vida. Pero, además, la vida de Unamuno enmarcada, como he dicho antes, entre estas dos guerras civiles, la de su infancia y la de su agonía, es también, al mismo tiempo toda ella, en cuanto fue filósofo y pensador, una honda meditación sobre la guerra. Empezando por su propia doctrina filosófica en la que se enfrentan, en eterna contradicción, la razón y la vida para formar su famoso «Sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos», título que como sabéis es su más importante libro, expresión a su vez de otra interna que acompaña al hombre mientras vive sobre la tierra. Desde el punto de vista de los grandes mitos, que nunca abandonaron a Unamuno, toda esa filosofía agónica y contradictoria, expresiva de la eterna guerra civil interior que define a la naturaleza humana, se traduce en tratamientos literarios cuyo eje lo constituye la pareja bíblica Caín y Abel. En realidad, casi todo el mito de Caín y Abel está pendiente sobre la obra de Unamuno: aparece en «Paz en la guerra», aparece en su novela «Abel Sánchez», aparece en su drama «El otro». Pero tiene uno de los momentos culminantes en 1912 cuando redacta, precisamente, su libro filosófico fundamental; en «El sentimiento trágico de la vida» está ya el tema muy maduro y Unamuno escribe frases tremendas, sobre todo cuando las recordamos ahora, con lo que le pasó al final de su vida, en ese final trágico envuelto en la guerra civil; Unamuno escribe estas frases: «La guerra, dice Unamuno (y fíjense ustedes que es de 1912 este texto) es escuela de fraternidad y lazo de amor. Es la guerra la que por el choque y la agresión mutua ha puesto en contacto a los pueblos y les ha hecho conocerse y quererse y aun el odio depurado que surge de la guerra es fecundo; la guerra es, en su más estricto sentido, la santificación del homicidio. Caín se redime como general de ejércitos y si Caín no hubiese matado a su hermano Abel, habría muerto, acaso, a manos de éste. Fue Caín, el fratricida, el fundador del Estado, dicen los enemigos de éste, y hay que aceptarlo y volverlo en gloria del Estado, hijo de la guerra. La civilización empezó el día en que un hombre, sujetando a otro y obligándolo a trabajar para los dos, pudo vacar en la contemplación del mundo y obligar a su sometido a trabajar de lujo». Pero esto, fíjense ustedes que es un texto de 1912 y es al final, en los años de la República, sobre todo a partir de 1933, cuando Unamuno ya olfatea que va a ocurrir algo trágico, huele a sangre y Unamuno se empieza a inquietar con esa intuición. Unamuno es un gran poeta sobre todo, «yo soy un sentidor» dirá Unamuno y es verdad. Unamuno es un gran poeta y un sentidor, Por encima de todo, tiene un enorme corazón y el olfato y la intuición que tienen los grandes poetas, que son grandes profetas al mismo tiempo.

El tema de la guerra le vuelve insensiblemente, por ese olfato de los poetas/profetos, y presintiendo la guerra civil escribe sobre el tema y dice: «Esta, la guerra civil, empezó con el asesinato fraternal (vuelve el tema de Caín y Abel que está presente en toda su obra) de Abel por su hermano Caín, que abre la lucha de clases. Abel era, según ese mito, pastor y Caín labrador; pero acaso sea más acertado decir que la raza o clase abelita, aquella de que Abel es símbolo, era la campesina y la cainita era la urbana, la ciudadana pues fue Caín quien, según el relato bíblico, edificó la primera ciudad de Enoch y en ella, en la mítica y simbólica ciudad de Enoch, empezó a organizarse la masa, a amurallarse, a someterse al mando de un jefe, de un mandón, cacique o déspota y a someterse para organizar batidas, guerras, revoluciones». Por eso, puesto que la envidia, en el asesinato de Abel está el origen, es el origen de toda guerra civil, considera que en los enfrentamientos sociales la envidia está siempre presente de alguna manera y, por eso, las guerras son inevitables. Por eso considera inalcanzable el famoso lema de Fray Luis de León, cuando estaba en las cárceles de la Inquisición y dice: «Aquí me siento feliz porque no soy ni envidiado ni envidioso». Comenta Unamuno estos versos y dice: «Ni aquejado de la envidia pasiva, la de buscar ser envidiado, ni de la activa, la de envidiar, pero ¡ni envidiado ni envidioso!, pero ¡Dios mío de mi alma! hay que vivir en sociedad y perpetuarla y para eso hay que vivir, ¡terrible sino!, envidiado y envidioso». Son frases, para mí, agoreras; son frases que están anticipando ya el enfrentamiento fratricida de 1936. Fíjense ustedes en otra frase tremenda: «Todas estas sombrías reflexiones sobre el hecho tenebroso de la sociabilidad civil humana, de nuestro Enoch, me las he hecho no sé bien desde cuándo, acaso desde que tengo uso de razón, que me apuntó en medio de una fratricida guerra civil. Toda guerra es civil y arranque de civilización pero se me ha enconado hora en que se encona la lucha y sentimos a los campesinos, a los abelitas, con sus lobos y sus jabalíes y de otro lado a los ciudadanos, a los cainitas, con sus perros y sus puercos, y todos son unos».

Vemos las dos contradicciones, la guerra/la paz, lo bélico/lo civil simbolizadas en el mito que nunca abandona Unamuno, Caín y Abel, que sirve de argumento a esas novelas y a esos dramas. Pero no es Caín lo malo, dice el mismo Unamuno, ni tampoco Abel; lo malo son los cainistas y los abelitas, porque, en definitiva, Caín y Abel no son más que arquetipos de la naturaleza humana, todos tenemos algo de Caín o de Abel, son formas de una parte de nuestra naturaleza. Lo malo son los que hacen profesión de Caín o de Abel y esos son los cainitas y los abelitas, lo malo es el cainismo y el abelismo, los dos, porque provocan la envidia, fuente de la guerra civil. El abelismo incita al cainismo y éste, a su vez, conduce al enfrentamiento fratricida. Por eso dice que si Caín no hubiera matado a Abel, acaso Abel hubiera matado a Caín.

La distinción anterior es la que le lleva después a distinguir entre la guerra civil civil y la guerra civil incivil. Y eso que cuando alcanza, verdaderamente, su aspecto más trágico es en los últimos meses de la vida de Unamuno en que ya le escribe (es una de las últimas cartas que escribe) a un escultor amigo suyo, Quintín de la Torre, que le había recordado un libro de poemas donde hablaba de la guerra civil a

Unamuno y Unamuno le contesta: «Lo que me suscita la mención de aquel libro, un poema en que canté al Bilbao de nuestra otra guerra civil, que aquélla sí fue civil, dice Unamuno, y hasta doméstica; pero ésta no, ésta es incivil y peor que incivil por ambos lados». Como he recordado antes, al hablar del libro de Luciano González Egido, Unamuno se vio envuelto en los seis meses finales de su vida en el horror de una auténtica guerra civil incivil; y él, que tantas veces había predicado la guerra civil, se hace mil preguntas sin respuesta posible. Personalmente, pasa de una adhesión al Alzamiento Nacional, capitaneado y acaudillado por Franco, a un repudio del mismo protagonizado por la eterna contradicción de su vida y escribe un texto, que está todavía inédito y que este autor ha manejado ya en su original autógrafo, que es, precisamente, la contradicción de su libro más famoso «El sentimiento trágico de la vida», pues ahora está escribiendo un libro que se llama «El presentimiento trágico de la vida». Es una pura contradicción con todo lo que ha hecho antes porque se está dando cuenta, está cobrando conciencia (pero ya los años no le dejan tiempo para que tome conciencia) de lo terrible de su situación. Las autoridades republicanas le habían desposeído (saben ustedes que Unamuno, que había ayudado a traer la República, fue ciudadano de honor de la República, fue nombrado Rector vitalicio de la Universidad de Salamanca) de todo, porque al prestar adhesión al Alzamiento Nacional de Franco le consideraron traidor; pero ahora, cuando se enfrenta con Millán Astray en ese acto que relataba antes y donde Unamuno estaba representando oficialmente a Franco que había delegado en él su representación y donde le acompañaba la esposa de Franco, D.^a Carmen Polo, tras esos incidentes le quitan también todos los cargos que tiene: cuando le quitan los republicanos el cargo de Rector vitalicio se lo dan los franquistas y ahora se lo quitan también los franquistas y Unamuno se queda solo. Pero no es eso lo peor, hasta los propios compañeros y los colegas de la Universidad le dan la espalda; no sólo el Ayuntamiento (Unamuno era concejal del Ayuntamiento de Salamanca) le expulsa de la Corporación sino que el claustro de la Universidad decide expulsar a su compañero de toda la vida, que está ya jubilado además, separándole del cargo y de todos sus derechos. Unamuno se va quedando solo y se encierra en su casa, no porque exista una orden de confinamiento domiciliario sino porque le pusieron un policía a la puerta y él, acosado por ese policía, se metía en casa y no salía. Y escribe poemas como el que he leído antes y este otro:

Y yo en mi hogar, hoy cárcel dichosa,
sueño en mis días de la libre Francia,
en la suerte de España desastrosa
y en la guerra civil que ya en mi infancia
libró a mi seso de la dura losa
del arca santa de la podre rancia.

Se va quedando desnudo como los hijos de la mar del famoso poema de Machado y se agarra a la palabra. Unamuno escribe porque la palabra es la razón de ser de su existencia, Unamuno escribe con palabras, la eterna compañera de su vida es la

palabra, pero busca la primera que pronunció: ¿cuál sería la primera palabra que pronuncié?, se pregunta Unamuno, y no la encuentra: «¿Adónde se me fue aquella palabra que recordar no logro? Era una parte de mi alma, texto que se me va en pedazos. La primera que pronuncié ¿cuál fuera? Será en mi desnacer, acaso, la última». Se busca a sí mismo, el que antaño pudo ser pero no se encuentra y se complace, en estos momentos trágicos, en el olvido. Lo dice en un poema:

Pensé sacar del fondo de mí mismo
 aquél que fui yo antaño,
 y si lo saco me ha de ser extraño.
 ¿He de encontrarle al cabo
 perdido en un rincón de la otra vida?
 Otra, ¡ah no! que es agarrarse a un clavo
 que nada clava y sin medida.
 El abismo insondable es la memoria
 y es el olvido gloria.

Unamuno queda tragado por la guerra civil que todo lo anega y así nos lo describe el autor de «Agonizar en Salamanca» con unas palabras que, (a mí me han sobrecogido el libro, porque verdaderamente es un libro trágico), dicen así: «Aquella guerra civil incruenta, que había estado predicando Unamuno durante toda su vida con moral de cruzado, como necesidad imperativa de la existencia frente a la invasión mostrenca de la nada se había convertido en este río de sangre inocente que se llevaba, corriente abajo, a muchos de sus amigos. Aquel yo incombustible, señero y procaz, que había alentado en toda su obra como obligatoria afirmación de la persona, estaba devastando la conciencia de la solidaridad de la misma convivencia ciudadana. España era una tierra erizada de yos, pletórica de yos, agobiada bajo el peso de los yos excesivos que rivalizaban ferozmente para salvarse del naufragio». Su «Cristo de Velázquez», organizado sobre citas bíblicas y angustias personales, servía de coartada para aumentar el número de muertos y la libertad, como el eje de sus pensamientos, se enterraba a diario en los cementerios.

Unamuno vivió y sufrió en carne propia y esto creo que es, ya para terminar, la lección que de ello se desprende, el horror de sus propias teorías sobre la guerra civil porque aunque él habló de guerra civil civil frente a guerra civil incivil, como hemos visto, el problema era cómo delimitar los campos, cómo conseguir que de la guerra de palabras no se pase a la guerra de ideas y cómo de la guerra de ideas no se pase a la guerra civil declarada, donde las armas y el derramamiento de sangre toman el protagonismo.

A las vista de todo lo que hemos dicho en esta charla, Unamuno se nos presenta como testigo, víctima y aun teorizador de una concepción de la cultura y de la convivencia que es preciso trascender. La filosofía unamuniana de la guerra civil presenta al escritor vasco como el último eslabón (y ahí también el carácter que yo he dicho simbólico, paradigmático, arquetípico de Unamuno) de una concepción bélica de la cultura que ha sido tradicional en la sociedad española. Desde la Reconquista

en la Edad Media hasta la última guerra civil en pleno siglo XX, España vivió una cultura de frontera, como la he descrito anteriormente, y es ya imprescindible superar esto. El ciclo se cerró y la muerte de Unamuno el 31 de diciembre de 1936 es símbolo inequívoco de esa clausura.

Las consideraciones realizadas sobre la guerra civil española y la teorización sobre la misma llevada a cabo por Unamuno creo que nos colocan en situación favorable para defender lo que yo pretendía al principio de esta conferencia, que es defender el sintagma guerra civil como expresión de una categoría cultural válida para la interpretación histórica en un doble sentido:

En el primer sentido, guerra civil como revelación ontológica de una forma de ser según la cual la guerra civil es afirmación exclusiva y absoluta de una parte; absolutismo mediante el cual la parte que quiere imponerse se trasciende a sí misma en la pretensión de ir más allá de sus propios límites. La guerra civil vivida así místicamente, con carácter religioso, a la vez que resulta negadora de todo pluralismo político e ideológico, se convierte en forma absoluta de instalación en el mundo, intrínsecamente unida al ser que la sitúa.

En el otro sentido, como expresión antropológica de una analítica existencial donde el hombre es un exiliado del mundo, los hombres estamos arrojados al mundo y en esa situación de arrojamiento en el mundo nos colocamos cuando estamos en esa situación de guerra civil, en rebelión contra la realidad, dando guerra al mundo, como dice la expresión coloquial. Este estar instalado en situación de guerra, es precisamente, el modo en que se ha constituido la morada vital española, en terminología de Américo Castro, donde Santiago Matamoros, patrón de España, con su caballo blanco y su espada enhiesta, se convierte en arquetipo.

Esta doble dimensión, que acabo de señalar, ontológica y antropológica de la categoría cultural guerra civil convierte a ésta en expresión máxima y paradigmática de toda guerra en general. En un mundo en que cada vez se está, como sabemos, más interpediente e interrelacionado, con una tendencia a la creación de una cultura planetaria (es el proceso en el que estamos) todas las guerra, para mí, son civiles. Y si es así, como yo pienso, la conclusión de esta meditación sobre la guerra civil española no puede estar más clara: hay que identificar las culturas de frontera, que estimulan las guerras, y sustituirlas crecientemente por culturas de integración donde los términos bélicos: ataque, defensa, agresión, colonización, represión, retaguardia, vanguardia, ocupación, ...sean sustituidos por el vocabulario de la paz: diálogo, comunicación, encuentro, convivencia, charla, compromiso, intercambio. Yo creo que esta es la lección que se desprende del análisis de la categoría cultural guerra civil a la luz de la experiencia filosófica y existencial de aquel hombre genial y paradigmático que fue Miguel de Unamuno.

Con esto no sólo le rindo homenaje yo, porque me ha llevado a todas estas meditaciones, le rendimos homenaje todos los que estamos aquí reunidos y convocados por el Instituto de Estudios Zamoranos. Creo que estamos realizando un hito en la vida de Unamuno, que no quería morir y que sigue viviendo porque está con nosotros esta noche aquí: «Cuando yo me haya muerto y estés leyendo esta novela

que estoy escribiendo, decía Unamuno, estaré vivo en tus manos de alguna manera».

Yo quiero revelar ese secreto que decía al principio de la conferencia porque creo que saben ustedes que hoy se ha abierto en un acto oficial un congreso-conmemoración del centenario de Unamuno en Salamanca pero nosotros estamos en Zamora y ustedes saben que a Unamuno le gustaba después de la tertulia del café pasear con sus amigos por la carretera de Zamora, salía a las afueras de Salamanca por la carretera de Zamora y yo no sé si andando desde Salamanca llegó algún día hasta Zamora, pero yo les puedo asegurar que hoy lo ha hecho. Muchas gracias. Este es el secreto.

COLOQUIO

PREGUNTA: Hay una cuestión que me parece importante, la relacionada con las frases de Unamuno el día 12 de octubre en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca. Con exactitud, el texto del discurso de Unamuno ¿se conoce? Porque hay interpretaciones: que las palabras no se oían bien, que los comentarios de la prensa al día siguiente no fueron exactos, no se transcribieron tal como se dijo, que dijo lo que realmente no dijo; es decir, yo ahora mismo tengo duda de que la transcripción de las palabras que se le atribuyeron fueran exactamente las que luego... El contenido está claro, pero las palabras... Si el profesor Abellán conoce algún texto que pueda identificarlas se lo agradecería mucho.

RESPUESTA: La verdad es que Unamuno no pensaba hablar ni intervenir en este acto. El fue al acto en representación del General Franco, que había delegado en él su representación, y él presidía, por lo tanto, aquella ceremonia del comienzo del Curso pero no pensaba hacer uso de la palabra. Unamuno tenía en su traje una carta doblada que había recibido de la viuda de un amigo suyo de Salamanca, que había muerto fusilado, y la viuda se lo comunicaba en la carta por lo que, naturalmente, estaba muy alterado y a medida que se iban pronunciando algunas palabras en las que, por cierto, se aludió de forma muy despectiva, y creo que esto fue uno de los motivos para que Unamuno hablara, a los catalanes y a los vascos, Unamuno iba anotando unos textos que después tuvo en la mano cuando se levantó y pronunció las palabras. Unamuno no llevaba nada escrito (el historiador tiene que ser fiel, esto es el texto, esto es lo que dijo ese señor,...). En este caso no tenemos texto, tenemos aquella carta, que se ha conservado, donde, de su puño y letra, están anotadas frases que después repitió cuando ya no pudo más porque la ira le hizo levantarse y enfrentarse de esta manera con el General Millán Astray, frases de las que podemos dar absoluta fe. Lo único que tenemos es ese texto y los recuerdos de los testigos, de forma que sobre la base de lo que dijo uno, de lo que dijo el otro, de lo que escuchó el de más allá, más ese texto de Unamuno, se ha reconstruido aquella escena, aquel discurso de Unamuno y todo lo que ocurrió allí. Realmente, el momento fue de una violencia extrema aunque era una ceremonia oficial: había armas, estaban los falangistas armados por un lado, estaban los legionarios que defendían y custodiaban

al General Millán Astray por otro; está el Paraninfo de la Universidad de Salamanca lleno de estudiantes falangistas, el acto fue tremendamente tenso, muy apasionado. ¿Hasta qué punto son fieles los recuerdos de los testigos? Esto no lo sabremos nunca. Hay que decir la verdad porque, por encima de todo, hay que decir la verdad. Los hechos históricos son los hechos históricos y lo único que tenemos son dos reconstrucciones que, sobre la carta de puño y letra de Unamuno, con esas frases que digo, más los testimonios de los numerosos testigos que allí estaban y que están vivos y que han dicho su palabra sobre el tema, son la reconstrucción de Emilio Salcedo en su biografía de Unamuno «Vida de don Miguel» y la reconstrucción de Luciano González Egido en «Agonía en Salamanca». Pero no tenemos un texto absolutamente fiel que diga esto es lo que de verdad, de verdad, ocurrió porque cada testigo recuerda unas cosas. El sentido del acto estaba claro: Unamuno se enfrentó, después de su adhesión, al Alzamiento Nacional y esto suponía un enfrentamiento, esto está claro y ahí todas las versiones coinciden.

PREGUNTA: Nada más un detalle. Pemán, que fue testigo presencial, discrepa de la información oficial y yo quiero aportar un dato porque quizá sea un caso curioso y muy desconocido: como se sabe, Millán Astray vino a Zamora en varias ocasiones y pernoctaba en la casa de los señores de Requejo, que estaba en la calle de Ramos Carrión. Con Requejo Herrero, con el que yo he tenido ocasión de hablar, comentó un poco Millán Astray la escena y Millán Astray ha dicho, aunque parece que alguien lo ha desmentido luego, que él intentó terminar con Unamuno y lo impidió el ponerse delante D.^a Carmen Polo de Franco, la esposa del Generalísimo, que hizo un ademán viendo al General Millán Astray en un momento eufórico, que había perdido los estribos y que lanzó la mano justamente para sacar la pistola. Desde luego, Millán Astray aquí se lo confirmó al señor Requejo Herrero, tengo el dato. Luego la esposa del Generalísimo lo desmintió.

RESPUESTA: Yo tengo una versión personal porque fui alumno de un catedrático de Literatura, que se llamaba Francisco Maldonado de Guevara, y que era entonces Catedrático de la Universidad de Salamanca y su versión, que yo conocía cuando fue su alumno en la Universidad Complutense de Madrid, coincide, más o menos, con lo que dice Salcedo y con lo que dice González Egido. Aunque en ese momento Maldonado Guevara no estaba muy de acuerdo con Unamuno, (hay que ver cuando se analiza lo que dicen los testigos qué lugar ocupa cada testigo, qué postura política tiene, qué compromisos defiende, etc.). En el caso de Maldonado Guevara su versión es bastante fidedigna puesto que no era amigo de Unamuno ni estaba muy de acuerdo con él en sus ideas políticas en aquel momento; de forma que esto parece ser un elemento de confianza para que aquello sucedió, más o menos, como lo describen estos autores.

PREGUNTA: Unamuno era un defensor de la paz pero pensaba que la envidia era inevitable. Esto es un poco contradictorio.

RESPUESTA: Unamuno no fue defensor de la paz, en lo que no creía era en la violencia física porque pensaba que la violencia física no conduce más que al derramamiento de sangre y a situaciones absolutamente intolerables desde el punto

de vista de la convivencia. Pero llamar a Unamuno, así simplemente, defensor de la paz, sin más matizaciones... porque Unamuno predicó la guerra, ahora la guerra espiritual, la guerra civil, la guerra interior; pero fue un predicador de la guerra constantemente. Este es el gran drama de Unamuno y la gran lección que yo creo que se ha desprendido de todo lo que hemos dicho esta noche, que es que no se puede predicar la guerra de esta forma, porque él la predicaba con buena intención, para inquietar a España que parecía que estaba durmiendo la siesta desde hacía cuatro siglos y que esa modorra había que despertarla de alguna manera y llamar a la conciencia nacional diciéndole cosas tremendas e inquietando el espíritu del pueblo con sus frases, con sus paradojas, con sus ingeniosidades. Y al final de su vida se encuentra con la guerra civil que es la gran lección que se desprende de la vida y de la obra de Unamuno, que esto es muy peligroso y que cuando se predica la guerra, aunque sólo sea la guerra de palabras o la guerra de ideas o la guerra como inquietud espiritual, cuidado...

PREGUNTA: Me refería al factor envidia que tiene presente siempre.

RESPUESTA: En Unamuno, como era un pasional, hay que distinguir dos cosas: el Unamuno filósofo, pero es que ese plano del Unamuno pensador y filósofo es muy difícil de separar del Unamuno personal porque como era un pasional y un sentidor, como he dicho, resulta que en Unamuno hay (Ortega y Gasset lo dijo muy bien): «un espíritu turbulento que junto a torrentes de oro lleva magmas muy peligrosas». Yo no he querido hacer aquí un homenaje formal, académico, de quitarnos el sombrero delante de Unamuno. Yo he querido hacerle un homenaje de verdad, de la lección que se desprende de su vida y de su obra y en este sentido, para mí, es un maestro. Pero un maestro para no repetirlo en muchas cosas porque se equivocó y, esto es lo grande de Unamuno, se equivocó hasta el fondo y se jugó la vida en sus equivocaciones y esos meses trágicos de la vida de Unamuno, esos meses crucificado por sus teorías, Unamuno murió crucificado por sus teorías, son el ejemplo y la gran lección de ese maestro que fue Unamuno.

La envidia pertenece a ese sector de lo malo, de lo personal de Unamuno. Aquí se plantean ya cosas muy delicadas de tratar: ¿fue Unamuno un envidioso o no? De esto se ha hablado en la crítica. (Yo mismo lo trato en mi libro «Miguel de Unamuno a la luz de la psicología»). Yo no voy a lanzar ninguna piedra, yo digo una cosa, y eso sí me consta: Unamuno vivió en carne viva el tema de la envidia. Primero porque era envidiado como gran intelectual con enorme prestigio y autoridad, tenía numerosas gentes que le envidiaban; tenemos, conocemos, hechos concretos de envidia en su propia familia. La envidia es Caín y Abel, son los hermanos que se envidian, ¿qué hermano no tiene pelusilla de otro?, ¿qué hermano no tiene un poquito de envidieja porque la mamá ha tenido más regalitos, más cariño, más mimos con éste que con el otro? Esto lo sufrió Unamuno en carne propia: Unamuno tenía un hermano, farmacéutico, que vivía en Bilbao, que se llamaba Félix de Unamuno, que se ponía un cartelito que decía: «No me hable usted de mi hermano» e iba por la calle con el cartelito puesto (ya no digo más que se me entiende todo).

PREGUNTA: ¿Cómo hay que interpretar la primera adhesión al Movimiento Nacional si Unamuno es más bien un hombre liberal, de izquierdas? Es decir, ¿es que es como un poco chaquetero?

RESPUESTA: No, yo creo que esa es la gran equivocación que conviene descartar de una vez y para siempre, Unamuno nunca fue un oportunista; lo demostró innumerables veces en su vida y no fue un oportunista y, por lo tanto, la interpretación del chaquetero, que por otro lado se viene enseñuida a la cabeza y es una de las primeras interpretaciones, la han defendido algunos autores, yo creo que no se puede defender. Creo que Unamuno se contradecía y defendía cosas contradictorias y ésa es su filosofía de la contradicción. Unamuno hubiera sido chaquetero y oportunista si en filosofía hubiera defendido una cosa muy coherente, muy sistemática y luego en su vida hubiéramos visto esos cambios de chaqueta que ahora se ven tan frecuentemente, pero es que Unamuno siempre defendió la contradicción, la paradoja, la ambivalencia. Eso lo defiende desde el primer momento, desde su primer libro «En torno al catecismo» donde ya está exponiendo la filosofía de la contradicción y la defiende hasta el final.

PREGUNTA: Ya saben que Ortega dice de él en un prólogo de un ensayo que en todo vasco hay un zorro dentro pero en Unamuno había dos, ¿cómo se interpreta esto?

RESPUESTA: Yo creo que Unamuno sentía verdaderamente esas contradicciones, era un hombre pasional, se apasionaba y tenéis que comprender que en un momento tomara una opción, una decisión política de apoyo pleno y total a la República que, por otro lado, él ayudó a traer. El vivió siete años de exilio y no se viven siete años de exilio por chaquetero ¿verdad? El era republicano y ayudó a traer sinceramente a la República y después se hizo franquista porque creyó que la República estaba llevando a unos excesos que iban a producir el mal de España y, sinceramente, lo creyó y se manifestó a favor del régimen de Franco cuando hubo un levantamiento que primero se creyó que era un levantamiento nacional y Unamuno dijo: «En defensa de la civilización cristiana-occidental», que luego fue un eslogan que aprovechó el Régimen y difundió ampliamente; pero, claro, Unamuno también se enfrentó después con el régimen de Franco y dijo: «esto no». Yo creo que Unamuno es, verdaderamente, una situación trágica. Siempre, como seres humanos, podemos admitir las dudas hasta el final y usted puede mantener esa duda hasta el final, todos podemos mantenerla; pero yo ahí no entro porque eso es el terreno de la conciencia, yo soy enormemente respetuoso con la conciencia de los demás y, por supuesto, con la conciencia de Unamuno. Creo que Unamuno fue sincero, lo creo yo, sinceramente a mi vez. Nadie puede entrar en el terreno de la conciencia ni saber al final; eso realmente es el gran arcano, el gran secreto que todos los hombres no sólo tenemos sino que tenemos derecho a ese secreto porque forma parte de la dignidad humana.

PREGUNTA: ¿Es cierto que, según se dice en el libro de Salcedo, la causa fundamental de la destitución del gobierno de la República fue, entre otras, una frase que dijo que lo mejor que podría hacer Azaña era suicidarse?

RESPUESTA: Es un tema delicado, difícil, porque lo que sí se sabe (yo sólo quiero hablar de cosas que se pueden documentar, porque entrar en el terreno de las conjeturas...) es que Unamuno tenía una gran antipatía por Azaña y yo no sé si Azaña por Unamuno. Estas cosas suelen ser recíprocas. No lo puedo decir.

MODERADOR: A mí me parece arriesgadísimo que la destitución sea por una frase. La destitución es porque Unamuno ha apoyado el Alzamiento, aunque el Alzamiento, tal como lo pensaba Unamuno, no tenía nada que ver con lo que luego sucedió pues los militares se alzaron muchos de ellos al grito de «Viva la República», incluso el mismo General Franco dice en su manifiesto de Canarias «Viva la igualdad, la fraternidad». O sea que sí creo que fue por su adhesión al movimiento militar por lo que a Unamuno se le destituye de ciudadano de honor, nombrado en 1935. Y luego la animadversión con Azaña, eso está comentado; Unamuno había dicho: «Cuidado con Azaña que es lector de un solo libro y éstos que leen un solo libro son peligrosos». Evidentemente, esto es una injuria personal porque Azaña no era lector de un solo libro sino de muchos libros. Es un tema muy profundo en el que yo ahora tampoco tengo elementos para entrar. Lo que sí parece claro es que es muy difícil concretar en una frase todo el sistema.

PREGUNTA: Me gustaría que explicara el señor Abellán cuál es la relación exacta que existe entre Unamuno y la Falange. Porque en el acto del Día de la Raza allí había falangistas, los soldados de Millán Astray y luego, esa misma tarde, se le expulsa del Casino, se le acusa de rojo, recibe visitas de falangistas e incluso se le hace un entierro con falangistas, el tenor Fleta entre ellos.

RESPUESTA: Lo que yo sé es que Unamuno tuvo una relación muy especial con la Falange, como la Falange con Unamuno, por razones muy claras: Unamuno era un intelectual, la Falange se manifestaba como la justificación ideológica del futuro Régimen en el momento del Alzamiento Nacional y entonces es lógico que los falangistas vieran a un gran ideólogo que, en principio, se había manifestado de acuerdo con su causa, como un hombre del que esperaban muchas cosas, muchas ideas y consignas y análisis profundos y, por supuesto, ganarlo enteramente para su causa. De forma que la admiración de los falangistas por Unamuno era normal. Unamuno por los falangistas nunca tuvo admiración; él tiene muchos textos donde los llama fachistas y, además, considera que son una copia mala y falsa de los fascistas de Mussolini. Pero es verdad que al final de su vida (yo creo que esto es uno de los elementos un poco trágicos de la vida de Unamuno), cuando le da la espalda el Ayuntamiento, le echan del Casino la misma tarde que ocurrieron los hechos los compañeros con los que jugaba al ajedrez y al tresillo y tuvo que escapar, además, por la puerta trasera porque parece que le estaban esperando para agredirle...

En su casa sino que no recibía visitas pero hasta le atendían bien, a lo mejor; pero era viejo y sin poder salir de casa y cansado para recibir visitas los falangistas le daban conversación, cosa que no le daba nadie. Es una relación también trágica. Y luego, efectivamente, cuando a Unamuno se le entierra, el féretro sale conducido por falangistas. Parece que, yo no sé si esto es cierto o no, mercenarios.

PREGUNTA: Me resulta difícil de creer que llevaran el féretro unos mercenarios.

RESPUESTA: No lo aseguro pero hay quien da esa versión (como Egido), yo no la doy porque no la sé pero sí digo que corre como una de las versiones. Podría ser portado por admiración porque los falangistas admiraban a Unamuno y deseaban que fuera un hombre para su causa. Podría ser por admiración, podría ser por causas mercenarias o puede ser una combinación de las dos: el tenor Fleta puede ser admirador de Unamuno, el otro puede ser mercenario o vaya usted a saber. Pero parece ser que ese no era el deseo de la familia y que parece ser que los falangistas cogieron el féretro y por imposición de su propia voluntad lo sacaron. Miguel, el hijo del poeta José M.^a Quiroga, que tenía siete años, asustado por lo que veía y oía, echó a correr por el sombrío corredor de la casa mortuoria en el crepúsculo, a las cuatro de una tarde invernal y salía gritando: «Que se llevan al abuelo, a tirarlo al río». Claro, los falangistas lo habían cogido un poco a la fuerza.

Bien, veo que casi todas las preguntas son anécdotas de la vida. A mí no me interesan tanto las anécdotas, a mí me interesa el grano y es que Unamuno, del cual tenemos mucho que aprender y hoy me ha tocado sacar la lección mala de lo que no tenemos que aprender de Unamuno, es un gran escritor, un hombre que dio su vida por España como él la entendía y que fue un hombre que nos sigue enseñando (yo lo sigo leyendo con muchísimo provecho) muchas cosas. Ahí están sus teorías, ahí están sus obras, ahí está su vida y ahí está su obra que son un ejemplo. Un ejemplo, además, en este momento en que el País Vasco, parte irrenunciable de España, está viviendo esta situación tan tremenda; pues bien, Unamuno nos dio ejemplo de patriotismo, les cantó las verdades a vascos del alma, él se sentía vasco hasta los tuétanos pero nos dijo lo que sentía y lo que pensaba sobre el vascuence, sobre su propio país, sobre España y sobre las relaciones de España con el País Vasco, sobre las relaciones del País Vasco con España y lo dijo todo y jugándose muchas cosas, Unamuno le cantó las verdades al lucero del alba. Hay muchos motivos para pensar que Unamuno nunca fue un oportunista.

PRESENTADOR: Queda cerrado el coloquio. Agradecemos sinceramente al doctor Abellán la magnífica lección que ha pronunciado, la primicia que supone exponerla en Zamora y, por otra parte, que no sea ésta la última vez que nos visite; es la primera que venía a conferenciar a Zamora pero muchas son las veces que ha visitado Zamora, también, como Unamuno, desde Salamanca por la carretera de Zamora.

Nuestro especial deseo es que Zamora, en estos días en que la ciudad hermana está rindiendo un homenaje a la insigne figura, a la polémica figura de D. Miguel de Unamuno que supo estar, yo pienso, donde creía que estaba el pueblo español en esos momentos. Se equivocaría, pero era el genuino representante del pueblo español. Decía Ortega que cuando se veía a Unamuno fuera de España, todo el mundo tenía que saber bien de dónde era.

Unamuno murió el día 31 de diciembre, ahora va a hacer 50 años. Dijo Ortega: «Unamuno murió del mal de España».

Muchas gracias y esperemos que podamos conmemorar los 50 años siguientes, el próximo centenario.

**DIPUTACION
de ZAMORA**



instituto de estudios zamoranos
florián de ocampo
(C.S.I.C.)

